

4. El miedo como industria y su incidencia en la reconfiguración de las ciudades mexicanas



JOSÉ JUAN MÉNDEZ RAMÍREZ*

TERESA BECERRIL SÁNCHEZ**

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.401.04>

Resumen

Los distintos escenarios de miedo, así como sus representaciones, han incidido en la transformación de espacios urbanos, como la calle al perder su continuidad por las bardas periféricas y límites físicos que impiden el libre tránsito; las viviendas presentadas en un contexto de encerramiento; el comercio y servicios entendidos bajo la modalidad de *mall*, y los espacios deportivos cerrados. En este trabajo pretendemos abordar de manera reflexiva los matices del miedo, su construcción social e industrialización, a fin de comprender su proceso de transformación en una industria del miedo que influye en la transformación física y social de los espacios de las ciudades mexicanas.

Palabras clave: *miedo como industria, miedo social, configuración urbana.*

* Doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6424-4002> ; correo electrónico: jjmendezr@uaemex.mx

** Doctora en Urbanismo. Profesor-investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9776-3367> ; Scopus: 55772551200

Introducción

El miedo es un sentimiento innato al hombre que, en muchos casos, y situaciones orienta su conducta y sus acciones, e incide en su constitución como sujeto individual y social.

Este sentimiento forma parte del ser humano desde su configuración biológica, pero también es un estado socialmente creado, como ha advertido Taussig (1987), el miedo “no sólo es un estado fisiológico, sino también social” (p. 5). Rossana Reguillo (2000), por ejemplo, muestra cómo, aunque son las personas concretas las que sienten miedo; “es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza y peligro, y genera unos modos de respuesta estandarizada, reactualizando tanto nociones, modos de respuesta según los diferentes periodos históricos” (Ordóñez, 2006, p. 96).

En las sociedades posmodernas se conforman escenarios y atmósferas de miedo de manera recurrente, en ellas se posicionan atmósferas de peligro, vulnerabilidad, riesgo o amenazas, que han permeado los distintos ámbitos de la vida social y están redefiniendo tendencias de cambio y reestructuración urbana, que, en cierto modo, son tomadas como respuesta a este miedo social, consecuencia de la incertidumbre que el individuo mismo percibe de su entorno.

Este sinnúmero de incertidumbres han pasado a formar parte del sujeto posmoderno, constituyendo la idea generalizada que vivir en la ciudad es llevar una vida cargada de violencia e incertidumbre por la insana sensación de inseguridad y un marcado sentimiento de vulnerabilidad, esta idea ha tomado como referencia inmediata los fenómenos violentos que de manera repetitiva se nos muestran a través de los medios de comunicación o por los rumores que prevalecen en nuestra vida cotidiana sobre lo vulnerable que es el ciudadano ante la atmósfera de inseguridad, temores, desconfianza y sospecha sobre algunas personas que ya no responden necesariamente al perfil los delincuentes.

Por algunos espacios, áreas o sitios que desde la percepción del ciudadano puede poner en riesgo la integridad física y moral de su persona, así como de sus seres queridos o pertenencias. De ahí que, en este trabajo pretendemos abordar de manera reflexiva los matices del miedo, su construcción social e industrialización, a fin de comprender cómo dicha indus-

tria del miedo influye en la transformación física y social de los espacios de las ciudades mexicanas. Sus posibles resortes y sus distintas apariciones en la cotidianidad del sujeto y cómo se ha acelerado el proceso de transformación de lo que tradicionalmente algunos sectores de la población han concebido espacios urbanos, como zonas de esparcimiento, recreación y lugares creados para la interacción social y los han asociado con la inseguridad.

Metodología

El análisis de este trabajo, se desarrolló a través de distintas técnicas de investigación; en primer lugar, se utiliza la técnica documental, que posibilitó el acercamiento a las distintas fuentes de información de carácter teórico y conceptual, a fin de comprender los principios teóricos vinculados al miedo la industria del miedo y lo referente a la ciudad, también permitió definir conceptos y derivar categorías de análisis vinculadas al objeto de estudio.

También se usó la técnica de observación directa para identificar los cambios físicos de algunas zonas de la ciudad, como la vivienda encerrada entre muros para servicios y comercios que presentan dispositivos de seguridad, como cámaras de circuito cerrado, rejas metálicas que funcionan como límites físicos, letreros con leyendas como: “Mi vecino me vigila”, “Ladrón, si te agarramos, te linchamos”, entre otros. Estos espacios cerrados, incluyendo plazas comerciales, espacios deportivos cerrados y recreativos, han transformado la estructura e imagen urbana de las ciudades, así como la forma de relacionarse con los demás y con las diversas espacialidades de las ciudades. Se aplicaron entrevistas semiestructuradas de manera aleatoria a consumidores de plazas y centros comerciales; a usuarios de espacios públicos como parques, jardines, y a calles, habitantes de viviendas encerradas, con el objetivo de recopilar información que mostrara las tendencias de la percepción que se tiene de la seguridad, la inseguridad y los mecanismos utilizados para sentirse más seguros.

Contexto general del miedo

Existe una gran cantidad de *spots* informativos en internet, en redes sociales, programas en noticieros televisivos y literatura en la que se resalta la presencia de un riesgo mundial permanente. Muchas de las notas en los noticieros por televisión se enfocan a resaltar actos violentos como atentados fallidos y no fallidos: escenarios de demostración de poderío bélico, constantes guerras entre naciones: por ejemplo la reciente guerra: Rusia contra Ucrania; todo esto en las sociedades europeas, y asiáticas. En las sociedades latinoamericanas destacan las acciones violentas de los grupos que trafican con armas, droga, practican la trata de personas, secuestran, extorsionan, llevan a cabo levantones hacia la ciudadanía y las condiciones de vida que sufren las grandes caravanas de migrantes que abandonan sus países para alcanzar el tan anhelado sueño americano. Los excesos practicados por gobiernos autoritarios, y el discurso que prevalece sobre el cambio climático y sus consecuencias que ponen en riesgo la continuidad de la vida del ser humano en la tierra también son temas recurrentes.

Los escenarios referidos se acompañan de crisis económicas de carácter mundial que han derivado de altos niveles de inflación, desempleo, deterioro de la calidad de vida, inseguridad, polarización de la sociedad y multiplicación de los flujos migratorios, sobre todo en países con las economías más débiles.

Los riesgos a la salud que se han presentado en el ámbito internacional han conformado escenarios de pánico ante las nuevas enfermedades provocadas por virus y bacterias; estas situaciones de alarma derivan de la presencia de enfermedades globales desconocidas para la población, como la influenza (una enfermedad respiratoria contagiosa), el virus H1N1 y más recientemente el covid-19, que han colocado a las sociedades posmodernas en situaciones de vulnerabilidad y riesgo.

Las enfermedades provocadas por virus y bacterias han generado temor y pánico a sectores completos de las sociedades, al igual que las enfermedades como el cáncer, considerada una de las enfermedades más temidas. En los últimos cuarenta años, se presentó en mundo una enfermedad que prácticamente se posicionó como la más letal para el hombre, incluso por encima del mismo cáncer; se instaló como una enfermedad mortal que

ha agobiado a cerca de un tercio de la población en África y a un número significativo de habitantes del continente europeo, asiático y americano: el SIDA (síndrome de inmunodeficiencia adquirida, AIDS en inglés). Esta enfermedad ha modificado conductas sexuales y ha conformado toda una industria en torno a ella, específicamente con la oferta de dispositivos que reducen significativamente la probabilidad de contagio.

Se han presentado pandemias mundiales, asociadas con problemas virales provocados por algunos animales comestibles por el ser humano, los casos más sonados fue el de las “vacas locas” en las granjas inglesas y más recientemente, los problemas de la gripe aviar (brote que se originó en los pollos), principalmente en los países asiáticos; más tarde el brote del virus H1N1 (influenza), que muta del cerdo y provoca trastornos biológicos en el ser humano, dicha enfermedad fue presentada al mundo en territorio Mexicano en el 2009; y en los últimos años, el virus del covid, que ha paralizado la economía mundial y provocado millones de muertos en el mundo.

Aunado a esta atmósfera de incertidumbre y temor provocada por los acontecimientos referidos, hemos de sumar lo referente al calentamiento global y al inminente cambio climático; según Beck (2008):

[...] es producto del éxito de la industrialización, que desprecia sistemáticamente sus efectos sobre la naturaleza y el ser humano. La economía global crece demasiado deprisa, el bienestar crece demasiado deprisa, y eso significa que la emisión de gases de los países industrializados aumenta continuamente en 2,4% desde el año 2000. Y entretanto responder a este reto global desde los estrechos límites de los Estados nacionales es dar respuesta de la Edad de Piedra a los problemas de la industrialización. Las incontables consecuencias que los flujos financieros globalizados provocan en grupos enteros de países, como se vio por ejemplo en la crisis asiática, también son expresiones de la radicalización del principio capitalista del mercado, que ha roto las cadenas de los controles nacionales y supranacionales. (p. 25)

Al instalarse el miedo en grados industriales, este pasa a formar parte de la vida cotidiana del individuo y de la sociedad, daña la cultura, el imaginario, quehacer cotidiano, la población, el sujeto se refugia en la multitud y aunque el miedo se multiplica día a día, en las relaciones sociales.

Estos son sólo algunos acontecimientos que han puesto en histeria a grandes sectores de la población mundial, hacia el interior de cada nación se hacen presente sus manifestaciones de miedo entre sus poblaciones, que han dado forma a escenarios de riesgo y amenaza y en torno a éstos se han creado lenguajes del miedo y de incertidumbre sobre los fenómenos sociales y naturales que se desencadenen en el mundo.

México y el miedo

En el caso de México, en los últimos años el miedo ha resaltado notas periodísticas, como tema de discusión en distintos foros sociales organizados por instituciones gubernamentales, por universidades públicas y privadas, por organizaciones de la sociedad civil, o simplemente como charla cotidiana entre los habitantes de las distintas ciudades del país. Actos delictivos y de profundo contenido violento como los desarrollados por el crimen organizado, en torno a los cuales se han creado atmósferas de inseguridad y miedo, principalmente por los medios de comunicación, que se han encargado de difundir en el ámbito nacional e internacional: nombres de cárteles, asociaciones delictivas, organizaciones criminales que operan en distintos puntos del territorio nacional y en algunos casos su participación a nivel internacional; además de detallar actos de violencia, secuestro, robo y asesinato, así como imágenes que muestran la crueldad de estos grupos sobre sus víctimas.

Uno de los acontecimientos que se ha difundido con mucha fuerza en los últimos años son los actos que tienen que ver con el secuestro en sus distintas manifestaciones o modalidades, el secuestro ha sido empleado como un mecanismo con el que se puede obtener ganancias monetarias de manera fácil y rápida. En México se hace presente de distintas formas desde el que, según Gómez (2004) se denomina o se conoce como: secuestro tradicional: aquel mediante el que se retiene y oculta a una persona con el propósito de exigir por su libertad algún provecho, cualquier utilidad o para que se haga u omite algo o con fines económicos, publicitarios o de carácter político.

Otra expresión del secuestro, es el conocido “secuestro exprés”, entendido como la retención de una o más personas por un periodo corto (unas

horas), durante el que, los delincuentes exigen sumas pequeñas de dinero a los familiares o a la propia víctima para su liberación.

Otra práctica conocida es la extorsión, en la que los delincuentes marcan un número telefónico y amenazan con dañar a algún miembro de la familia de quien contestó la llamada.

Las diversas manifestaciones del secuestro se han convertido en un negocio muy redituable y, según los conocedores, que este tipo de delitos es de los más crueles y devastadores, dado que las afectaciones provocadas, no sólo al secuestrado, sino también a los seres que lo rodean son asolados, debido a que trastocan la cotidianidad de la víctima y sus familiares.

En situaciones de incertidumbre provocadas por escenarios de inseguridad y miedo, la imaginación se desdobra en escenarios terroríficos, en los que sobresaltado da forma a situaciones extremas que en muchos de los casos ya no corresponden a la realidad. Lo imaginario y lo perverso, trasladan la incertidumbre hacia la percepción de lo real; en estas situaciones, lo real nunca ha sido tan incierto para amplios sectores sociales. La sola mención de la delincuencia señala la proximidad de esta realidad perdida y producida por la televisión y las fábulas familiares. Con esta realidad aparecen todas las inseguridades; las del entorno y las propias; al parecer es siempre más o menos de uno mismo que se tiene miedo; suele pasar que nos asustamos con nuestra propia sombra, o sea que el miedo dormita y habita en cada uno de nosotros, y se cree o se nos hace creer que el miedo es miedo de uno mismo.

La reacción de miedo siempre se dirige al Estado y es tremendamente ambivalente con él. La recriminación al Estado se sustenta en el desamparo en el que se encuentran los sujetos y de dejarnos a la intemperie, expuestos a la devoración y, por tanto, se produce una pronta demanda, por un lado, de protección espiritual que nuestra consciencia reclama para sentirse poseedora de un lugar en el mundo, y por otro, el miedo que impone e institucionaliza la gran ciudad.

Este sentimiento, en los últimos años, es un episodio del malestar en la modernidad, en donde su representación más cercana tiene que ver con la materialización de esa parte que el sujeto ve como parte de su seguridad, protección y tranquilidad; no obstante, el miedo es latente, y en ello existe una constante: ¿por qué, de repente, uno se siente expuesto y vulnerable?,

¿qué pasaría de no sentirnos expuestos y vulnerables?, ¿ese exceso de exposición y de vulnerabilidad es lo que hizo que el miedo se convirtiera en una amenaza de borración del sujeto?, ¿qué fue lo que el sujeto en sociedad hizo para que el miedo se convirtiera en un producto de la industria del mercado?

El miedo se configura no solamente como un temor a ser tocado por algún ataque sorprendente e inesperado. Es longeva la lista de los síndromes que origina no solo ser tocado por el miedo, sino ser asaltado, y al miedo de ser asaltado. Las víctimas del miedo a la agresión del otro son mucho más numerosas que las víctimas directas de la agresión del otro. De eso se deriva que el hombre crea y proteja su espacio, su intimidad, y que reaccione violentamente al ver invadida esa falta, que representa el único lugar donde se siente seguro.

Este es el escenario del miedo en las sociedades posmodernas en donde el miedo real y el miedo subjetivo han triunfado; si el miedo ha entrado, de manera imprevista se puede sorpresiva o incluso decir que es inherente en la estructura del lenguaje de nuestro sujeto; éste sentimiento se agudiza en la constitución del sujeto y tal vez desde la subjetividad objetiva siempre ha formado parte del mismo hombre, ha evolucionado y transitado en el proceso de desarrollo de la humanidad, se ha encontrado siempre allí, solo que hoy ya no dormita, sino que el miedo tiene miedo de sí, sin aviso alguno, y por lo tanto mata sin el consentimiento de quien le hace un huequito en su vida; entonces, ese miedo que abraza y estruja y que hiela con tanta fuerza el cuerpo del hombre hace que este se derrumbe irremediabilmente en el mundo de la histeria y la ansiedad sin que se de cuenta de cómo es que llegó a formar parte de esta nueva realidad, y, sin ninguna herida material o física siente la inquietud temblorosa que lo orillan a enfrentar situaciones en las que sea tocado en su persona, sus familiares o sus bienes; parece ser que este sujeto posmoderno ha llegado a ser trastocado en los tinglados de lo intangible del ser; producto de ello, éste se queda harto vulnerable, temeroso y enmiedado.

Quizá ese miedo que no sangra daña de otro modo, no solo en lo sonoro, sino también en el grito y en el ruido gutural que lastima y se hace presente al entrar no solo en el cuerpo, sino en el alma; grito que sale por los poros de manera silente, lastimera y sonora, que engaña a ese miedo clásico, rústico, tradicional e histórico:

El grito está tan íntimamente ligado al dolor que la mayor parte de los adjetivos que lo califican pertenecen al registro del espacio sonoro: se hable de un “grito agudo” y de un “dolor agudo”, se dice “grito lancinante” y “dolor lancinante”. Pero, ¿qué es un grito? (Nasio, 1999).

Se tiene entonces que lo público juega el rol del auditorio de ese grito callado unas veces, lastimero otras, y las más, compartido con ese otro que igual posee un grito que no sale y que se manifiesta en la cotidianidad de la multitud; grito, soledad, temor, masa y horror son insumos que se cree que producen seguridad y tranquilidad ordinaria, pero al ser desechables son por definición hechizos.

Bajo este clima de miedo en las grandes ciudades y metrópolis los habitantes, al verse un tanto vulnerables por la falta de seguridad el no cumplimiento del Estado del *pacto social* en el que se compromete a proveer de seguridad a todos los habitantes que habiten en su territorio, han hecho presentes actores que ofrecen paraísos y verdaderos espacios amurallados con los cuales garantizan la seguridad de quienes los adquieran, en ellos muchos de los casos se encuentran servicios, recreación y espacios para practicar deporte sin tener que salir de estas construcciones; en este sentido:

Los lugares especializan sus funciones y su fisonomía se transforma para ajustarse a las nuevas finalidades. Actualmente la ciudad tiende a fragmentarse, a producirse y reproducirse con pequeñas unidades fortificadas; sus individuos se encierran, cada vez más, en sí mismos, en comunidades simuladas y en estructuras llenas de muros físicos y simbólicos, que dan la sensación de bienestar, exclusividad y seguridad, pero, al mismo tiempo, nos recuerdan constantemente de los peligros externos y la importancia de mantenerse aislados. Los nuevos bunkers urbanos ofrecen protección y construyen en su interior una utopía que contrasta con las circunstancias que viven los ciudadanos, con la criminalidad, la contaminación y la pobreza que se hacen patentes en los espacios públicos. Para ello, el encierro se presenta como una alternativa vital, que le permite al ciudadano-consumidor olvidar los aspectos adversos del territorio en donde vive y al cual pertenece. (López, 2005)

Pero estas manifestaciones no son exclusivo de los sectores altos de la sociedad, sino también son manifestaciones que se han venido incorporando a la vida cotidiana de los sectores bajos de la población. En sus espacios se hacen presente las rejas en pequeños negocios a fin de mantenerlo separado del delincuente. En las casas habitación es cada vez más común encontrarlas completamente enrejadas; se ha superado aquella práctica de pegar con cemento cristales rotos en las orillas de las casas y ha sido sustituida por letreros que hacen alusión a compañías prestadoras de servicios o dispositivos de protección que van desde alarmas, alambres electrificados, hasta protección de personal especializado en brindar protección; esto lo podemos constatar en la propuesta de viviendas de los grupos inmobiliarios.

Un ejemplo de esta situación es el miedo que se hace presente en las nuevas construcciones, edificaciones, adaptaciones de las casas ante la amenaza del ladrón y la debida toma de precaución y medidas adecuadas para que los individuos reduzcan las posibilidades de ser tocados, de ser agredidos o violentados en su integridad física o moral; ante esta situación se han pretendido constituir espacios aislados, amurallados, que brinden la sensación de que los individuos se encuentran habitando espacios aislados y libres de la mano de la delincuencia y criminalidad, de ese espacio más amplio de la sociedad y de la ciudad misma, promoviendo con ello la fantasía de que los espacios cerrados son lugares que en la cotidianidad del individuo se encontrará libre de las amenazas externas. En ese sentido la referencia inmediata la encontramos en la sociedad panóptica, aquella que relata:

si encontráramos una manera de controlar todo lo que a cierto número de hombres les puede ocurrir; de disponer de todo lo que esté en su alrededor, a fin de causar en cada uno de ellos la impresión que se quiera producir, de cerciorarnos de sus movimientos, de sus relaciones, de todas las circunstancias de la vida, de modo que nada pudiera escapar ni entorpecer el efecto deseado, es indudable que en medio de esta índole sería un instrumento muy enérgico y muy útil, [...] la educación, por ejemplo, no es sino el resultado de todas las circunstancias a las cuales un niño está expuesto. Cuidar de la educación de un hombre es cuidar de todas sus acciones; es colocarlo en una posición en la cual se pueda influir sobre él como se desea, por la selección

de objetos con los cuales se les rodea y por las ideas que en él se siembran. Pero, ¿cómo un solo hombre puede bastarse para vigilar perfectamente a un gran número de individuos? Y ¿cómo un gran número de individuos podría vigilar perfectamente a uno sólo? (Bentham, 1976, p. 39)

Cosa que no se puede decir de la sociedad actual, dado que en esta se presenta una exclusión no solo del espacio privado, sino que también se presenta una marcada separación del espacio público al apropiárselo y hacerlo de uso exclusivo, originando una nueva forma de exclusión y segregación social al desarrollar espacios fragmentados y amurallados en los que se privatiza los tradicionales espacios públicos.

Estas barreras físicas han propiciado la segregación social, la desarticulación y aislamiento de sus partes y han dado la pauta para la conformación de otra forma de organización social, por lo menos en lo espacial, al imprimir características específicas a la fisonomía urbana que ha sido trastocada por la tendencia a la fortificación de las viviendas la privatización de las calles, el enrejamiento de pequeños negocios, la imposición de límites físicos expresados por los dispositivos de seguridad, elementos que han redefinido las nuevas formas y manifestaciones de lo urbano y de la imagen urbana.

A la evocación del miedo responden propuestas que prometen un cierto restablecimiento del acuerdo pactado entre el orden natural de las cosas y el desorden en los excesos que el hombre ha inscrito; entonces, surgen los *ismos*, tales como ecologismos, los nacionalismos, los buscadores de paz, las religiosidades, con su manto protector del hombre en espera del paraíso, que ante una sociedad paralizada por el miedo y su disminuida reflexibilidad sobre las posibles genealogías causadas por este. No le queda más camino, sino que la inercia detectadora y productora de ese espacio para el que le oferte lo que busca, y suele encontrar la filantropía y la misantropía como respuesta.

Miedo social

Tratar de abordar las manifestaciones y construcciones del miedo social es adentrarse al conjunto de construcciones de imaginarios verbalizados

en torno a situaciones, personajes, fuerzas sobrenaturales, crisis sociales, desastres naturales y enfermedades destructoras; en ese sentido,

la palabra *miedo* dependerá del lenguaje desde donde es enunciado y de cómo se le ha construido socialmente, lo cual puede denominarse “imaginario del miedo”; concepto que expresa, retomando la metáfora de Armando Silva (2004), la invención de un Dios que termina controlando a sus creadores a través de la religión y la moral. Es decir, socialmente se construye un imaginario del miedo que después genera conductas de la población acordes con él. (Carrión y Núñez, 2006, p. 6)

La percepción o la inducción hacia un sentimiento de miedo social puede llevarse a cabo a través de los medios de comunicación, específicamente con el manejo estadístico de algunos fenómenos sociales, tales como el índice de asaltos, de secuestros, robos a ciudadanos, así como de autos, asaltos a casas habitación, el alza de impuestos, las crisis económicas, la devaluación, cierre de empresas, desempleo, sólo por referenciar algunos. Al respecto,

la estadística no es la simple representación cuantitativa de una realidad social, es también una creación que sirve para devolver al conjunto de la sociedad una imagen codificada de sí misma, sea para controlarla y catalogarla o modificarla. Desde esta perspectiva, la estadística es un mecanismo que permite el ejercicio de poder represivo o disuasivo a través del saber criminológico (Foucault, 1975). No obstante, la estadística puede ser también parte de un proceso de acumulación de conocimientos mediante los cuales las sociedades se organizan política y culturalmente. En otras palabras, la estadística puede ser simultáneamente estrategia de dominación o táctica de defensa, porque el complejo saber-poder estadístico no es monolítico ni unidireccional, sino un campo de fuerzas donde es posible observar diversas relaciones y articulaciones sociales (Bourdieu, 1999). (Carrión y Núñez, 2006, p. 6)

Los referidos imaginarios sociales del miedo tienen relación directa con una dialéctica social que se encarga de construir corrientes de opinión, de

inseguridad, incertidumbre, y en general, se encarga de sintetizar las posibles percepciones que la población tenga de seguridad o inseguridad con relación a su entorno o contexto social. Por lo general, dichas percepciones son enmarcadas en el rubro de inseguridad, contexto que coloca en situaciones de histeria, esquizofrenia, angustia, ansiedad o psicosis a cualquier sujeto.

Bauman (2008) menciona que la inseguridad puede distinguirse

por el temor al crimen y a los malhechores, ya que predomina la desconfianza en los demás y en sus intenciones; así como también una actitud que niega o considera imposible tener fe en la constancia y en la fiabilidad del compañerismo humano. (p. 9)

Ya que en la actualidad desconfiamos de los individuos que se encuentran a nuestro alrededor, el sentimiento de comunidad ha ido desapareciendo y ahora vivimos en un espacio en el cual únicamente nos ocupamos de los propios asuntos, y poco a poco se van convirtiendo en una generalidad que representa a las sociedades actuales.

La inseguridad y el temor, en la actualidad, son factores que son utilizados a través de los medios de comunicación, las inmobiliarias y las constructoras como elementos que permiten la socialización del miedo, ya que por medio de este se puede extraer un capital comercial. “El capital del miedo puede transformarse en cualquier tipo de rentabilidad, ya sea económica o política y se va convirtiendo en un argumento de venta importante” (Bauman, 2006, p. 32), ya que se vuelve un negocio; la seguridad resulta el factor más importante de venta y esto puede ser observado desde la vivienda y en todas las características que se ofrecen en la actualidad para vivir en un espacio seguro, de confort y con una mejor calidad de vida. Es así como se van presentando los miedos actuales que de acuerdo con Bauman,

son consecuencia de la liberalización y el individualismo, ya que actualmente se han roto lazos de parentesco los cuales se encuentran dañados y por lo tanto las actividades que se realizaban de forma comunitaria ya no son un símbolo de solidaridad perdiéndose de este modo la confianza.

En el mundo actual el ambiente se ha tornado violento por lo tanto los lugares en los cuales residen los individuos son considerados inseguros y pe-

ligeros, por lo tanto, se presenta una tendencia a mudarse hacia lugares en los cuales se dote de protección y seguridad, este tipo de lugares no son de fácil acceso para toda la población ya que cuentan con lujos a los que únicamente pueden acceder las elites. (pp. 12, 24)

De acuerdo con Nan Ellin,

el miedo se ha agudizado, como sugiere el aumento de casas y vehículos cerrados con llave, la abundancia de alarmas, la gran aceptación de barrios cercados y seguros entre personas de todas las edades y salarios, y la vigilancia cada vez mayor de los lugares públicos, además de las interminables noticias alarmantes que difunden los medios de comunicación. (como se cita en Bauman, 2006)

Aunado a los sentimientos de exclusividad y exclusión, el sentimiento de miedo viene a fortalecer la tendencia de encerrarse o aislarse en espacios cerrados o amurallados, espacios que cuentan con fuertes sentidos de exclusividad y de exclusión a todo aquel que no forma parte de los espacios amurallados.

“La materialización del miedo en la actualidad ha tomado distintas expresiones y buena parte de sus expresiones actuales confluyen materializándose en la privatización del espacio urbano” (Rodríguez, 2004, p. 128), lo que se relaciona con la existencia de la privacidad y el individualismo que se presenta en la sociedad, además de la profunda creencia de que estos espacios ofrecen seguridad y protección a todo aquel que ocupe un espacio de estos.

Rodríguez (2004) considera que los diversos cambios económicos y sociales ya se han hecho más que explícitos en el territorio; lo mismo sucede con los sentimientos de inseguridad y miedo, “lo que al parecer conlleva a la existencia de una tendencia de la sociedad a alejarse de los espacios públicos abiertos y a sustituirlos por lugares cerrados y privados, aunque algunos sean de uso público” (p. 129).

La autora cree que la decisión de encierro es tomada en un principio por el crimen y la inseguridad; sin embargo, añade la participación de los medios de comunicación como los causantes de exagerar noticias que engrande-

cen las notas rojas y que alarman a los habitantes de las ciudades. Según Rodríguez Chumillas (2004), con el encierro, se refuerza el sentimiento de inseguridad, por la estrecha relación que existe con la incomunicación y con el abandono de los espacios públicos.

Históricamente, el miedo ha sido concebido como un sentimiento omnipresente; es decir, podría presentarse en diversos espacios, escenarios o individuos al mismo tiempo; sin embargo, en los últimos años los escenarios de miedo se han multiplicado en los diversos ámbitos de la vida social, la inseguridad, la falta de perspectivas de desarrollo económico para distintos sectores de la población, el crimen organizado, la violencia de género, la delincuencia, la corrupción, entre otros, se han normalizado en la cotidianidad de la población, y esta ha tenido que diseñar diversas estrategias para enfrentar dichas situaciones, como adquirir viviendas encerradas con dispositivos de seguridad, cámaras de circuito cerrado, perros de ataque, vigilancia privada, o adquirir autos blindados, entre otros.

Finalmente, en esa construcción social de la realidad, y al unísono de la construcción social particular de esa realidad que se hace día a día, el miedo asoma su perfil preparado para seducir a todo aquel que desee persuadir de lo contrario; con el trasfondo de que el miedo ya es una industria, entonces toda la sociedad necesita —o al menos así lo cree— un instrumento de protección, distracción, obnubilación de su interior o bien para su casa, familia, bienes materiales, en el presente y, con más ansia, para el futuro; de igual modo ese presupuesto ya está arancelado como una demanda y una oferta, y ante esa ganancia, producto de la industria del miedo, se crea el miedo como industria con el tutelaje de esa pedagogía del yo y su instrumentalización disciplinaria, didáctica y manualística.

La industrialización del miedo

Si bien es cierto que el sentimiento del miedo forma parte del ser humano desde su constitución biológica, también es un estado socialmente creado; como ha advertido Taussig (1987), el miedo “no sólo es un estado fisiológico, sino también social” (p. 5); mientras tanto, para Ordóñez (2006) “es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza,

peligro y genera unos modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos, nociones y modos de respuesta, según los diferentes periodos históricos” (p. 96).

Como se ha venido comentando,

el problema de inseguridad es real, y sin embargo este tipo de acontecimientos son aprovechados por múltiples sectores del mercado para vender productos, servicios o espacios urbanos. En este sentido, la inseguridad, se convierte en una fuerza importante para demandar y justificar la segregación de espacios y grupos sociales, para estimular el control, la privatización y el encierro de las actividades cotidianas, llevando la vida individual y social hacia los interiores y promoviendo la visión de un espacio público como territorio del caos. La demanda de seguridad en todos los sentidos determina que el mercado responda con una oferta comercial acorde y ha potenciado el consumo como agente cultural que modifica la fisonomía y estructura de las ciudades. (Rodríguez, 2004, p. 130)

El sentimiento de miedo e inseguridad que invaden al sujeto se ha convertido en la materia prima de las prósperas industrias de la seguridad privada y del control social, puesto que una demanda firme sostiene el negocio y lo hace productivo. La demanda crece tanto o más que los delitos que la generan. Progresan el mercado de la seguridad privada al mismo ritmo en el que crecen los conjuntos amurallados, permitiendo estas acciones; los que se encuentran fuera de ellos, nos vamos volviendo vigilantes del prójimo y prisioneros del miedo.

Mención aparte merece el nuevo terrorismo global con carácter mediático que nos sitúa en la primera fila en la puesta en escena del terror, vigilados por cámaras en cada esquina y ataviados de sorprendentes artículos que reemplazan a las antiguas armaduras y escudos medievales para brindarnos la seguridad que nos ha robado el miedo, ya que vivimos en un mundo cada vez más obsesionado con la seguridad, la vigilancia y el control de la información.

Al industrializar el miedo y masificarlo a lo largo y ancho de las sociedades, en la actualidad, es más común encontrar empresas destinadas a ofrecer seguridad privada como un servicio más, que cuenta con una

fuerte demanda por la ciudadanía, consorcios, centros educativos, zonas comerciales, entre otros; de ahí que dentro de los servicios que ofrecen los empresarios que brindan seguridad se encuentran: seguridad privada a fraccionamientos, a departamentos, condominios o zonas habitacionales, seguridad a empresas industriales, y servicios de seguridad privada a centros comerciales y escuelas; todos estos servicios son parte de una gran oportunidad que tienen estos corporativos que, gracias a la delincuencia y a la producción del miedo social, esta situación ha convertido a este como un nicho de oportunidad dentro de los distintos mercados.

Sucede lo mismo con aquellos inversionistas que han posicionado en los mercados la oferta de servicios de circuitos cerrados en las distintas expresiones de la vivienda, en centros educativos privados e incluso en algunos departamentos o áreas de las instalaciones de educación pública, en espacios de los centros de salud, centros financieros, centros comerciales, incluso en algunas calles y avenidas, dispositivos que son presentados a la sociedad como medios que proveen seguridad.

La industria automotriz también ha encontrado un nicho de oportunidad al ofrecer al mercado una serie de autos blindados dirigidos a las mismas empresas prestadoras de seguridad, tales como las de servicios de protección de valores; a los ciudadanos, principalmente los que ocupan puestos públicos de dirección nacional, estatal e incluso municipal, a líderes de organizaciones nacionales o estatales, así como a los de las confederaciones, a empresarios o ciudadanos que cuenten con los recursos suficientes para adquirir alguna de esas unidades.

De manera cotidiana y legítima; los habitantes de las sociedades con miedo, pasivamente observan cómo

los lugares especializan sus funciones y su fisonomía se transforma para ajustarse a las nuevas finalidades. Actualmente la ciudad tiende a fragmentarse, a producirse y reproducirse con pequeñas unidades fortificadas; sus individuos se encierran, cada vez más, en sí mismos, en comunidades simuladas y en estructuras llenas de muros físicos y simbólicos, que dan la sensación de bienestar, exclusividad y seguridad, pero, al mismo tiempo, nos recuerdan constantemente de los peligros externos y la importancia de mantenerse aislados. Los nuevos bunkers urbanos ofrecen protección y

construyen en su interior una utopía que contrasta con las circunstancias que viven los ciudadanos, con la criminalidad, la contaminación y la pobreza que se hacen patentes en los espacios públicos. Para ello, el encierro se presenta como una alternativa vital, que le permite al ciudadano-consumidor olvidar los aspectos adversos del territorio en donde vive y al cual pertenece. (López, 2005, s/p)

No se puede dejar de lado la activa actuación de los grupos inmobiliarios. Sensibles a esta atmósfera, han contribuido a la socialización de este sentimiento con el propósito de ofrecer verdaderos paraísos en cuestiones de vivienda, materializados en conjuntos habitacionales que cuentan con protección las 24 horas del día, y que se encuentran amuralladas con bardas perimetrales que impiden el ingreso a todo aquel que no forme parte de ese conjunto habitacional; además algunos de estos espacios sociales cuentan con áreas verdes exclusivas para los residentes; algunos ya están pensados con área de juegos para los niños; otros más se encuentran con salón para el desarrollo de eventos sociales, y otros también cuentan con prestación de servicios de lavandería, gimnasios, entre otros servicios.

En torno a los espacios cerrados en las sociedades posmodernas se ha constituido un imaginario social en el cual los individuos esperan sentirse y obtener mayor protección que en los espacios que tradicionalmente habían sido concebidos como públicos o abiertos; este fenómeno conlleva implícitamente de un profundo cambio de hábitos en el consumo y en los lugares en que se consume, en sus prácticas recreativas, de esparcimiento y socialización; es decir, con este tipo de edificaciones se ha podido apreciar que algunos sectores de la sociedad han acentuado su preferencia a la visita y concurrencia de espacios cerrados para realizar sus compras, desarrollar sus actividades recreativas, de esparcimiento y deportivas, solo por mencionar algunas.

Se incrementa la tendencia a acudir a plazas comerciales cerradas y tomar a estas como centros de esparcimiento y recreación, debido a que en ellas se ofertan una diversidad de actividades comerciales, de servicios, culturales; y recreativas todo ello en un lugar amurallado y con seguridad de ahí que sea cada vez más frecuente que los habitantes de la ciudad dejen de asistir a los parques públicos, las tradicionales plazas, jardines, a los

deportivos públicos; estos últimos, en buena medida han sido desplazados por los gimnasios y clubes privados, los cuales son usados principalmente por los sectores medios, medios altos y altos de la sociedad, motivado principalmente por la seguridad que les puede proporcionar este tipo de construcciones.

En los conjuntos urbanos se hacen presente algunas de las expresiones ya referidas en espacios en los que se encuentran integrados u ocupados por población que cuenta con altos recursos económicos y que para salvaguardar su integridad y garantizar mayor tranquilidad han hecho uso de diversos dispositivos de seguridad, como son las murallas o bardas perimetrales, donde se colocan dispositivos de seguridad como los alambres electrificados. en estas construcciones tienen solo una entrada, que al mismo tiempo funge como salida, aduana para restringir el paso a todo aquel que no forme parte de este conjunto habitacional; para el caso de los visitantes, estos son interrogados en las aduanas (referidas, es decir, en la puerta de acceso) por los encargados de vigilar el acceso a estos lugares, actores que por lo general son policías privados que se encargan de salvaguardar el lugar.

En los sectores bajos de la población también se reproduce este fenómeno, solo que estos sectores de la población entienden la seguridad como la privatización y delimitación del acceso a lo que tradicionalmente había sido concebido como espacio público: la calle; estos espacios han sido tomados y limitados en el ingreso por los mismos habitantes y vecinos que tienen sus viviendas en dichas calles o integran una manzana; los vecinos se han organizado de tal manera que también limitan el tránsito por algunas calles haciendo uso de rejas que obstruyen la circulación, la presencia de bloques de cemento que limitan las dimensiones del acceso de la calle a un solo carril, acción que solo permite el acceso a las calles que antes eran públicas a autos pequeños.

Otro dispositivo de seguridad que se identifica en los espacios referidos es la presencia de rejas en los conjuntos habitacionales, lugares prestadores de servicios y en los pequeños comercios. La función de las rejas en los conjuntos habitacionales es principalmente para impedir el acceso a estos; también es usual observarlas como una forma de aislar al vendedor de un pequeño negocio del delincuente, el enrejamiento de mercancías; la sepa-

ración de quien atiende un negocio del consumidor y, en general, de quien lo visita, cada vez es visto como un elemento que se ha posicionado en el paisaje y cotidianidad de la ciudad.

Lo mismo que las rejas y el cambio de dimensiones en el ingreso por calles que tradicionalmente habían sido concebidas como lugares públicos también es muy notoria la presencia de bardas perimetrales construidas con alturas mayores a los dos metros y medio; además, cuentan con alambres electrificados, vidrios rotos pegados con cemento en las partes terminales de las bardas, ventanas enrejadas y el predominio de una atmósfera de desconfianza, solo por citar algunos de ellos.

Conclusión

Al aparecer, en el medio social y en el ambiente urbano los instrumento de traslado y de transferencia del miedo, como ya se ha hecho referencia, en muchos casos tiene su origen la esfera internacional. Sin dejar de soslayar los miedos nacionales, se tiene que la gran cantidad de objetos que hacen que el miedo se haya traspulado de fetiche a fetichización de sí mismo fue un largo y penoso camino para llegar hasta donde el territorio y sus miedos se comprendieron y se autorizaron para vivir en atemorizada convivencia; en ese sentido, el miedo no alcanza con ningún instrumento a disminuir en el corto plazo su capilaridad de penetración y de internalización; el estado de anomia que posee el mundo y su población hasta el día de hoy es motivo suficiente para saber que si algo compartimos los habitantes del mundo es esa dimensión de un miedo general y otro particular que ya está universalmente esparcido; en todo rincón en donde lo cerrado y lo abierto, lo público y lo privado, el adentro y el afuera, lo urbano y lo cuasiurbano, hacen ese clip con un ambiente social que lo produce, lo provoca y lo socava.

Referencias

- Bauman, Z. (2006). *Miedo líquido: Las sociedades contemporáneas y sus temores*. Paidós.
Bauman, Z. (2008). *Confianza y temor en la ciudad*. Arcadia.

- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Paidós
- Bentham, J. (1976). *El panóptico*. Premià.
- Carrión M., F. y Núñez-Vega, J. (2006). La inseguridad en la ciudad: Hacia una comprensión de la producción social del miedo. *Eure*, 32(97). <https://doi.org/10.4067/S0250-71612006000300001>
- Freud, S. (1996). *Obras completas* (tomo 20). Amorrortu.
- López L., L. (2005). Evidencias y discursos del miedo en la ciudad: Casos mexicanos. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 9(194).
- Nasio, J. D. (1999). *El libro del dolor y del amor*. Gedisa.
- Ordóñez, L. (2006). La globalización del miedo. *Revista de Estudios Sociales*, 1(25). <https://doi.org/10.7440/res25.2006.10>
- Reguillo, R. (2000). Los laberintos del miedo: Un recorrido para fin de siglo. *Revista Estudios Sociales*, 1(5). <https://doi.org/10.7440/res5.2000.06>
- Rodríguez Chumillas, I. (2004). ¿"Privatopía" versus ciudad pública? La materialización del miedo en el espacio urbano. En O. Gutiérrez (Coord.), *La ciudad y el miedo* (pp. 127-152) [VII Coloquio de Geografía Urbana]. Universitat de Girona.
- Taussing, M. (1987). *Shamanism, colonialism, and the wild man: A study in terror and healing*. University of Chicago. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226790114.001.0001>